

VI

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

MUSETTE

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La señorita Musette era una linda muchacha de veinte años, que, poco tiempo después de su llegada á París, fué lo que son las muchachas lindas cuando tienen figura elegante, mucha coquetería, alguna ambición y poca ortografía. Después de haber sido por mucho tiempo la alegría de las cenas del barrio Latino, donde cantaba con voz siempre fresca, si no afinada, una multitud de cantos campestres que le valieron el nombre (1) con que la celebraron más tarde los más hábiles confeccionadores de rimas, la señorita Musette abandonó bruscamente la calle de la Harpe para ir á vivir en las alturas citéreas del barrio de Breda.

(1) Musette quiere decir gatta.

No tardó mucho en ser uno de los astros mayores de la aristocracia del placer, encaminándose lentamente hacia aquella celebridad que consiste en ser citada por las revistas de París, ó litografiada en los establecimientos de estampas.

Sin embargo, la señorita Musette era una excepción entre las mujeres del medio en que vivía. Naturaleza instintivamente elegante y poética, como todas las mujeres verdaderamente tales, era amante del lujo y de todos los placeres que proporciona; su coquetería la impelia con ardor hacia todo lo que es bello y distinguido; hija del pueblo, no hubiera estado fuera de su centro en medio de las más regias suntuosidades. Pero la señorita Musette, que era joven y bella, no hubiera consentido jamás en ser la amante de un hombre que, como ella, no hubiese sido joven y guapo. Una vez rechazó valientemente las ofertas de un viejo tan rico que le llamaban el Perú de la Calzada de Antín, y que había puesto una escalera de oro á los caprichos de Musette. Inteligente y espiritual, sentía también repugnancia por los tontos y estúpidos, cualquiera que fuesen su edad, sus títulos y su nombre.

Musette era, pues, una buena y hermosa muchacha que, en cuestiones de amor, había adoptado la mitad del célebre aforismo de Champfort: «El amor es la reciprocidad entre dos caprichos». Por eso sus relaciones nunca fueron precedidas por uno de esos vergonzosos contratos que deshonran á la galantería moderna. Según ella misma decía, Musette jugaba limpio, y exigía que la correspondieran con sinceridad en la misma moneda.

Pero si sus caprichos eran intensos y espontá-

neos, nunca duraban lo suficiente para merecer los honores de una pasión. Y la inestabilidad excesiva de sus caprichos, su poca atención en fijarse en la bolsa y las botas de los que la pretendían, prestaban una gran movilidad á su existencia, que se deslizaba en una perpetua alternativa de coches de lujo y ómnibus, de entresuelos y quintos pisos, de telas de seda y de indiana. ¡Oh encantadora muchacha! ¡poema viviente de juventud, de sonoras risas y de alegres cantos! ¡Corazón piadoso, que palpita para todo el mundo debajo la pechera de la camisa! ¡oh Musette! ¡tú que eres la hermana de Bernerette y de Mimí Pinson! Se necesitaría la pluma de Alfredo de Musset para relatar dignamente tu despreocupada y vagabunda carrera por los floridos senderos de la juventud; y te hubiera celebrado, con toda seguridad, si, como yo, te hubiese oído cantar con tu linda voz de falsete esta copla rústica de uno de tus cantos favoritos:

Un día de primavera
Declaré por vez primera
Mi amor puro y acendrado
A una morenita hermosa
Que llevaba su tocado
En forma de mariposa.

La anécdota que vamos á relatar es uno de los episodios más chispeantes de la vida de esa encantadora aventurera, que tantos amantes ha conocido.

Amiga, por algún tiempo, de un joven consejero de Estado que tuvo la galantería de poner entre sus manos la llave de su patrimonio, la señorita Musette adquirió la costumbre de dar

veladas semanales en su lucido saloncito de la calle de la Bruyère. Aquellas veladas se parecían á la mayor parte de las reuniones parisienses, con la diferencia de que eran más divertidas; cuando escaseaba el sitio, los asistentes se sentaban unos encima de otros, y ocurría á veces que una misma copa servía para una pareja.

Rodolfo, que era amigo de Musette, y que no pasó de ser su amigo (sin que ni uno ni otro hayan sabido nunca por qué); Rodolfo, repetimos, pidió permiso á Musette para conducir á su amigo el pintor Marcelo; un muchacho de talento, añadió, á quien el porvenir está bordando un casacón de académico.

—¡ Tráigalo!—dijo Musette.

La noche en que debían ir juntos á casa de Musette, Rodolfo subió á buscar á Marcelo á su casa. El artista estaba vistiéndose.

—¡ Cómo!—dijo Rodolfo;—¿ te vas á presentar en sociedad con camisa de color?

—¿ Ofende acaso las costumbres eso? —dijo tranquilamente Marcelo.

—¿ Qué si las ofende? hasta los tuétanos, desdichado.

—¡ Demonio!—exclamó Marcelo mirando su camisa de fondo azul, con viñetas que representaban un jabalí perseguido por una jauría;—es que aquí no tengo otra. ¡ Bah, bah! ¡ no importa! tomaré un cuello postizo; y como *Matusalén* se abotona hasta el cuello, no se verá el color de mi ropa interior.

—¡ Cómo!—dijo Rodolfo con inquietud—¿ vas á ponerte tu *Matusalén*?

—¡ Ay!—respondió Marcelo—por fuerza; Dios y mi sastre lo quieren; por lo demás, le he puesto



botones nuevos, y hace un momento lo he remendado con negro de humo.

Matusalén era sencillamente el fraque de Marcelo; lo llamaba así, porque era el decano de su guardarropa. *Matusalén* estaba cortado á la última moda de cuatro años atrás, y tenía, además, un tono verde asqueroso; pero visto con luz artificial, Marcelo afirmaba que parecía negro.

Al cabo de algunos minutos, Marcelo estaba vestido, por cierto con el más perfecto mal gusto: parecía un aprendiz pintor en traje de sociedad.

Casimiro Bonjour (1) no quedará tan sorprendido el día que le notifiquen su elección al Instituto, como lo quedaron Marcelo y Rodolfo al llegar á casa de la señorita Musette. He aquí el motivo de su sorpresa: la señorita Musette, que hacía algún tiempo había reñido con el consejero de Estado, fué abandonada por éste en un momento muy crítico. Perseguida por sus acreedores y por el casero, le fueron embargados sus muebles y bajados al patio, para llevárselos y venderlos al día siguiente. A pesar de este incidente, á la señorita Musette no se le ocurrió siquiera la idea de prescindir de la compañía de sus invitados, y no aplazó la velada. Convirtió gravemente el patio en salón, cubrió el pavimento con un tapiz, lo dispuso todo como de costumbre, se vistió con traje de recibimiento, é invitó á todos los inquilinos á su sencilla fiesta, á cuyo esplendor quiso Dios contribuir con sus iluminaciones.

Esta broma tuvo un éxito enorme; nunca las

(1) Escritor francés, autor de algunas comedias bastante apreciadas (1795-1856).

veladas de Musette habían despertado tanto entusiasmo y alegría; duraban los bailes y los cantos aún cuando los mozos de la agencia de transportes vinieron á llevarse los muebles, tapices y divanes, disolviéndose por fuerza la reunión.

Musette iba despidiéndose de sus invitados cantando:

Mucho tiempo se hablará,
la ri ra,
De la velada que os di;
Mucho tiempo se hablará,
la ri ri.

Marcelo y Rodolfo quedáronse solos con Musette, que había subido á su cuarto, donde no quedaba más que la cama.

—¡Diantre!—dijo Musette—ya me va pareciendo menos divertida mi aventura; tendré que alojarme en el hôtel de la Intemperie. Y lo conozco ese hôtel; abundan en él las corrientes de aire.

—¡Ah! señorita—dijo Marcelo—si yo tuviera las riquezas de Plutón, le ofrecería un templo más hermoso que el de Salomón, pero...

—No es usted Plutón, amigo mío. Da lo mismo, le agradezco la intención... ¡Bah!—añadió paseando su mirada por la habitación—me aburría aquí; además, el mueblaje era viejo. ¡Hacia seis meses que lo tenía! Pero esto no debe terminar así; después del baile se cena, supongo yo.

—Supongámoslo, pues,—dijo Marcelo, que tenía la manía de los contrasentidos, especialmente por la mañana, en que estaba terrible.

Como Rodolfo había ganado algún dinero en *lansquenete* que se había jugado durante la no-

che, condujo á Musette y á Marcelo á un restaurant que acababa de abrir sus puertas.

Después del desayuno, los tres comensales, que no sentían necesidad alguna de dormir, hablaron de ir á terminar el día en el campo, y hallándose cerca del ferrocarril, subieron al primer tren que marchaba, que los condujo á San Germán.

Durante todo el día corrieron por los bosques, y no regresaron á París hasta las siete de la noche, contra la voluntad de Marcelo, empeñado en que sólo eran las doce y media de la tarde, y que si estaba oscuro, era porque el cielo estaba cubierto.

Marcelo, cuyo corazón era un polvorín que se inflamaba con una sola mirada, durante la noche de la fiesta y el siguiente día se enamoró de la señorita Musette, á la que había galanteado con mucho *color*, según decía á Rodolfo. Había llegado hasta prometer á la hermosa niña la adquisición de un mueblaje más rico que el anterior, con el producto de la venta de su famoso cuadro *El paso del mar Rojo*. Así es que el artista veía con tristeza como se acercaba el momento en que debería separarse de Musette, la cual, de paso que le permitía besarle las manos, el cuello y algunos otros accesorios, se limitaba á rechazarle dulcemente cada vez que aquél quería penetrar con fractura en su corazón.

Al llegar á París, Rodolfo dejó á su amigo con la joven, que suplicó al artista la acompañara hasta su casa.

—¿Me permitirá usted que la visite?—preguntó Marcelo;—le haré su retrato.

—Amigo mío,—dijo la linda muchacha—no puedo darle las señas de mi casa, porque tal vez

mañana esté sin ella; pero iré yo á verle á usted, y le remendaré su fraque, que tiene un agujero tan grande que por él pasaría un inquilino sin pagar.

—La esperaré como el Mesías—dijo Marcelo.

—No por mucho tiempo—dijo Musette riendo.

—¡Qué deliciosa niña!—decía Marcelo alejándose lentamente; es la diosa de la alegría. Haré dos agujeros á mi fraque.

No había andado aún treinta pasos cuando sintió un golpecito en el hombro; era la señorita Musette.

—Querido señor Marcelo—le dijo—¿sois buen caballero?

—Lo soy: Rubens y mi dama, esta es mi divisa.

—Pues bien, entonces, oid mis cuitas y doleos de mí, noble señor,—prosiguió Musette, que tenía un ligero tinte literario, aunque se entregara con frecuencia á horribles matanzas contra la gramática;—mi casero se ha llevado la llave del piso, y son las once de la noche: ¿comprende usted?

—Comprendo—dijo Marcelo ofreciendo el brazo á Musette. Y la condujo á su estudio, situado en el muelle de las Flores.

Musette estaba rendida de sueño; pero tuvo aún fuerzas bastantes para decir á Marcelo, estrechándole la mano:

—Tendrá usted presente su promesa.

—¡Oh Musette! encantadora niña—dijo el artista con voz en que se traslucía cierta emoción,—está usted bajo un techo hospitalario; ¡duerma en paz y buenas noches! Yo me marchó.

—¿Por qué?—dijo Musette con los ojos casi cerrados;—no tengo miedo, se lo aseguro á us-

ted; además, hay dos cuartos; yo podré acomodarme en el sofá.

—Mi sofá está demasiado duro para dormir en él, está relleno de guijarros. Yo doy á usted hospitalidad en mi casa y me voy á pedirla para mí á un amigo que vive en el mismo rellano; es lo más prudente—añadió.—Por lo general sé mantener mi palabra; pero tengo veintidós años y usted diez y ocho, Musette... Nada, que me marchó. Buenas noches.

Al día siguiente á las ocho, Marcelo entró en su casa con un tiesto de flores que acababa de comprar en el mercado. Encontró á Musette que se había echado vestida en la cama, y dormía aún. El ruido que hizo al entrar despertó á la muchacha, que tendió la mano á Marcelo.

—¡Buen muchacho!—le dijo.

—¡Buen muchacho!—repitió Marcelo;—¿no será un sinónimo de ridículo?

—¡Oh!—prorrumpió Musette—¿por qué dice usted esto? Sea usted más amable; en vez de decirme cosas desagradables, ofrézcame este hermoso tiesto de flores.

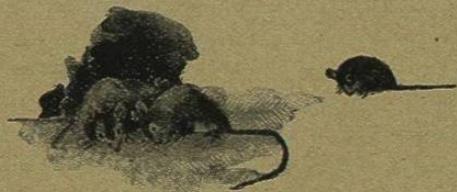
—Para usted lo he comprado precisamente—dijo Marcelo.—Tómelo usted, y en pago de mi hospitalidad, cánteme una de sus lindas canciones: el eco de mi guardilla guardará acaso algo de su voz, y yo la oiré todavía cuando usted se marche.

—¡Hola! con que ¿quiere usted echarme?—dijo Musette.—¿Y si yo no quisiera marcharme? Oiga, Marcelo, yo no subo treinta y seis tramos de escalera para decir mi manera de pensar. Usted me gusta y yo le gusto. Esto no será amor, pero puede ser su simiente. Pues bien, no me marchó;

me quedo y me quedaré mientras no se marchiten las flores que acaba de traerme.

— ¡ Ah! — exclamó Marcelo — ¡ el caso es que se marchitarán dentro de dos días! Si lo hubiera sabido hubiera tomado siemprevivas.

Quince días después, Musette y Marcelo vivían juntos, y aunque con frecuencia se hallaban sin dinero, llevaban la vida más agradable del mundo. Musette sentía por el artista una ternura que nada tenía de común con sus pasiones anteriores, y Marcelo empezó á temer que estaba seriamente enamorado de su amante. Ignorando que ella también temía estar hondamente enamorada de él, observaba todas las mañanas el estado en que se hallaban las flores, cuya muerte debía ser causa de la ruptura de sus relaciones, y le costaba mucho comprender la renaciente frescura en que se mantenían. No tardó mucho en poseer la clave de aquel misterio: una noche se despertó y no halló á su lado á Musette. Se levantó, corrió al estudio, y sorprendió á su amante que se aprovechaba cada noche de su sueño para ir á regar las flores y evitar que se marchitaran.



VII

LA CORRIENTE DEL PACTOLO

Era el 19 de Marzo... Y aunque llegue á alcanzar la avanzada edad de Raoul Rochette (1), que presencié la construcción de Ninive, Rodolfo no olvidará jamás aquella fecha, pues en aquel mismo día, fiesta de San José, á las tres de la tarde, nuestro amigo salía de casa de un banquero, después de haber cobrado la suma de quinientos francos en monedas con-
tantes y sonantes.

El primer uso que Rodolfo hizo de aquella tajada de Perú que acababa de entrar en su bolsillo, fué el de no pagar sus deudas, atendido á que se había jurado á sí mismo dedicarse á la economía y no hacer ningún gasto extraordinario. Por lo demás, tenía respecto á esto ideas extremadamente concretas, y decía que antes de pensar en lo

(1) Arqueólogo francés (1789-1854).